

**ACTES DEL VII CONGRÉS
DE L'ASSOCIACIÓ HISPÀNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL**
(Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997)

Volum II

EDITORS:
SANTIAGO FORTUÑO LLORENS
TOMÀS MARTÍNEZ ROMERO



**UNIVERSITAT
JAUME·I**

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT JAUME I. Dades catalogàfiques

**Asociación Hispánica de Literatura Medieval. Congreso Internacional (7è :
1997 : Castelló de la Plana)**

Actes del VII Congrès de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval :
(Castelló de la Plana, 22-26 de setembre de 1997) / editors, Santiago Fortuño Llorens,
Tomàs Martínez Romero. — Castelló de la Plana : Publicacions de la Universitat
Jaume I, 1999

3 v. ; cm.

Bibliografia. — Textos en català i castellà

ISBN 84-8021-278-0 (o.c.). — ISBN 84-8021-279-9 (v. 1). — ISBN
84-8021-280-2 (v. 2). — ISBN 84-8021-281-0 (v. 3)

1. Literatura espanyola-S. X/XV-Congressos. I. Fortuño Llorens, Santiago,
ed. II. Martínez i Romero, Tomàs, ed. III. Universitat Jaume I (Castelló). Publicacions
de la Universitat Jaume I, ed. IV. Títol.

821.134.2.09"09/14"(061)

Cap part d'aquesta publicació, incloent-hi el disseny de la coberta, no pot ser
reproduïda, emmagatzemada, ni transmesa de cap manera, ni per cap mitjà
(elèctric, químic, mecànic, òptic, de gravació o bé de fotocòpia)
sense autorització prèvia de la marca editorial.

© Del text: els autors, 1999

© De la present edició: Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999

Edita: Publicacions de la Universitat Jaume I
Campus de la Penyeta Roja. 12071 Castelló de la Plana

ISBN: 84-8021-280-2 (segon volum)
ISBN: 84-8021-278-0 (obra completa)

Imprimeix: Castelló d'Impressió, s. l.

Dipòsit legal: CS-257-1999 (II)



EL ESPACIO Y EL TIEMPO DEL DISCURSO MEDIEVAL: APROXIMACIÓN PRAGMÁTICO-COMUNICATIVA AL ESTUDIO DEL CONTEXTO

CARMEN MARIMÓN LLORCA
Universidad de Alicante

UNO DE LOS componentes más complejos y discutidos pero, quizá, menos estudiados de cuantos participan en el proceso de la comunicación lingüística es, sin duda, el contexto. A pesar de que resulta incuestionable su influencia en los procesos de emisión y recepción de los mensajes, así como su probada importancia en la determinación del sentido completo de cualquier tipo de mensaje verbal no son abundantes los estudios rigurosos sobre el tema. Hubo que esperar a que el lenguaje fuera entendido en su dimensión comunicativa e instrumental y examinado dentro de un marco textual para que el contexto comenzara a valorarse en su presencia verbal textual y, en ese sentido, a considerarse objeto de estudio de la Lingüística. La pragmática, basada en el concepto de uso o instrumentalidad del lenguaje, será la rama de la semiología más interesada por las relaciones contextuales. «*In contrast to strict gramatical or syntactical thinking, pragmatic thinking is context-bound*» (Mey, 1994: 58). Tal y como lo concibe la pragmática, el contexto sitúa el discurso en la realidad del intercambio verbal que, como afirma Benveniste (1987: 84-85), precede cualquier otro tipo de codificación lingüística:

«Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se efectúa en una instancia de discurso, que emana de un locutor, forma sonora que espera un auditor y que suscita otra enunciación a cambio. [...] Finalmente en la enunciación, la lengua se halla empleada en la expresión de cierta relación con el mundo.»

El estudio de las relaciones entre la realidad no verbal y el texto literario presenta no pocas dificultades. No debemos olvidar que la definición que hace Morris de la pragmática como la parte de la Semiología encargada de estudiar la relación entre los usuarios y sus respectivos contextos se refiere a la comunicación lingüística, en la que se da una situación de emisión-recepción in praesentia, y no a la comunicación literaria convencional, en la que productores y destinatarios poseen contextos diferentes y la obra misma carece de referencialidad real. En este último caso, el lugar del contexto no se encuentra

fuera de la obra literaria, sino que es la propia obra la que lo crea y, con él, su propio juego de referencialidades al margen de lo extratextual (Lázaro Carreter, 1980: 182-183). En nuestra opinión, quizá sea en los mensajes literarios medievales, estrechamente vinculados al espacio físico y tan cercanos en su forma de comunicación a los intercambios conversacionales, en los que la definición de Morris pueda encontrar verdadero sentido en su aplicación al estudio de las manifestaciones literarias del lenguaje.

En efecto, los estudios que sobre los modos orales de comunicación en general se han desarrollado en las últimas décadas han venido insistiendo en la dependencia que del mundo real tienen estas formas de poetización. «*The energy of language as even is rooted in the heart-and-lungs* –sostiene Dennis Tedlock (1977: 514)– [...] *throw the reader/listener back on the direct experience*». Su génesis y su existencia son inseparables del contexto exterior, pues estas formas poéticas son el producto de sociedades cuyos modos de pensamiento son «situacionales antes que abstractos» (Ong, 1987: 55-62) y, por lo tanto, dependientes de la materialidad inmediata que proporcionan las referencias a un aquí-ahora existente y presente. En la medida en que la comunicación literaria medieval posee rasgos que la conectan con estas formas de producción-recepción de mensajes poéticos, el estudio del contexto cobra inusitada importancia, pues se toma conciencia de que debió determinar de forma inmediata y directa el proceso de comunicación en el que estuvo inserto el discurso medieval.¹ Si la pragmática se encarga del estudio de los signos en situación, encuentra, a nuestro parecer, un objeto adecuadísimo en el estudio de los signos literarios que se producen durante la Edad Media. En nuestra opinión, el proceso semiótico de creación de sentido está determinado pragmáticamente durante la Edad Media de forma mucho más contundente que en cualquier otro período. Aunque el paso a la escritura debió eliminar muchas de las marcas de referencialidad y aunque muchas de ellas debieron hacerse utilizando signos no verbales, tales como el gesto, los textos medievales poseen aún indicios discursivos de lo que debió ser, en palabras de Ursula Schaeffer, una literatura contexto-dependiente (Schaeffer, 1991: 123-124). Las obras conservadas se convierten, así, en un escenario privilegiado que nos permite aún reconocer la huella textual de un acto comunicativo determinado por las circunstancias contextuales.

A un mundo en el que un mensaje llega hasta donde el oído humano puede oírlo, en el que una historia sólo sobrevive el tiempo que alguien la quiera re-

1. En este mismo sentido parece manifestarse Honorio Velasco cuando afirma: «[...] la estructura del contexto ha de ser incorporada a la propia diferenciación de la tradición oral» (Velasco, 1986: 177).

cordar, corresponde necesariamente una forma de tratar las relaciones con el espacio y con el tiempo, de organizar un discurso, también verbalmente, muy dependiente de factores puramente circunstanciales, pero, sobre todo, plenamente arraigado en el mundo real del que toma sentido.

El contexto espacio-temporal, por lo tanto, penetra irremediablemente en el discurso medieval y lo hace, a nuestro juicio, en dos niveles distintos pero interdependientes: por una parte, espacio y tiempo se introducen en el discurso en tanto que éste es manifestación de una determinada visión del mundo y, en ese sentido, condicionan estructural y temáticamente el mensaje; por otra, el contexto extra verbal –el espacio y el tiempo materiales y cuantificables, vividos realmente por productor y auditorio– en el que se realiza el acto de comunicación literario, determina y acaba formando parte –verbalizada o no– del mensaje mismo que se está comunicando.

En esta comunicación vamos a ocuparnos de esbozar el primer aspecto de las relaciones texto medieval-contexto. Para nosotros, espacio y tiempo no sólo permanecen en los textos como una huella fosilizada del momento físico en el que se realizó el acto de comunicación del mensaje; para entender la verdadera dimensión de la penetración del contexto espacio-temporal en la obra artístico-verbal es necesario comprender que las sensaciones que el hombre medieval tenía ante el espacio y el tiempo eran parte del modo de entender la vida de unos individuos especialmente ligados en su existencia a un espacio vital y a un tiempo inabarcable e impreciso que, sin embargo, marcaba el ritmo de su vida cotidiana. Sólo entonces podremos explicarnos el arraigo contextual de las obras literarias medievales y los fenómenos textuales que de él se derivan, como el excepcional uso del sistema deíctico o el fenómeno de la recurrencia del que hablaremos aquí. En nuestra opinión, son muchas las características textuales que encuentran su sentido final en la dependencia que el material verbal tiene de la imperiosa realidad espacio-temporal en la que todos los individuos estaban inmersos, que determinaba sus vidas y sus relaciones con el entorno, que los arraigaba, en definitiva, en unas coordenadas mentales y vitales de la que las manifestaciones artísticas –y entre ellas las verbales– no son sino su más acabada expresión.

A diferencia del nuestro, el mundo del hombre medieval era limitado y concreto; toda su vida se desarrollaba en torno a y dependiendo de un espacio vital y humano en el que el propio individuo encontraba su razón de ser. En el siglo XIII dominaba aún lo que Guriévich denomina la visión propia del agricultor (Guriévich, 1990: 67). La vida del hombre de la Edad Media se confunde con la vida misma de la naturaleza, con sus ciclos vitales. Tierra y hombre forman un todo difícilmente separable, constantemente comunicado, en ininterrumpi-

do contacto vital.² Las pulsiones de la naturaleza eran las de sus habitantes; por eso también el tiempo era uno. Así lo ponen de manifiesto los numerosos textos en los que se hace referencia a la primavera o al mes de mayo –las mayas–. Este fragmento del *Libro de Alexandre*³ puede servir de ejemplo:

«El mes era de mayo, un tiempo glorioso,
quando fazen las aves un solaz deleitoso,
son cubiertos los prados de vestido fermoso,
da sopiros la dueña, la que non ha esposo.

Tiempo dulç e sabroso por bastir casamientos,
ca lo tempran las flores e los sabrosos vientos;
cantan las donzelletas sus mayos a convientos,
fazen unas a otras buenos pronunçamientos

Faze en el sereno las buenas ruçiadas,
entran en flor las miesses, ca son ya espigadas;
fazen las dueñas triscas en camisas delgadas,
estonz casan algunos que pués messan barvas.

Andan moças e viejas embueltas en amores,
van coger en la siesta a los prados las flores,
dizen unas a otras buenos pronunçadores,
e aquellos más tiernos tiénense por mejores.

Los días son bien grandes, los campos revertidos,
son los paxariellos de mal pelo exidos,
los tavanos que muerden non son aún venidos,
luchan los monagones en bragas, sin vestidos»(c. 1950-1954)

El tiempo era también la medida del espacio; difícilmente un campesino europeo conoció algo que estuviera a más de un día de camino. Esto significaba, entre otras cosas, que los referentes de estos individuos eran realmente escasos. Sus intereses estaban concentrados en un espacio y un tiempo muy específicos, en los que, además, el cambio, la innovación, no sólo

2. «Las fronteras entre el cuerpo y el mundo –argumenta Bajtin– y entre los diferentes cuerpos, están trazadas de manera muy diferente a la de las imágenes clásicas y naturalistas» (Bajtin, 1974: 284)

3. Las citas son de las ediciones siguientes: *Libro de Alexandre* (Cañas- 1995), *Poema de Fernán González* (Zamora Vicente, 1978), *Cantar de Mio Cid* (Montaner, 1993), *Libro de Buen Amor* (Joset, 1981), *Vida de San Millán de la Cogolla* (Dutton, 1992), *Poema de Santa Oria* (Uría Maqua, 1992b), *Los Milagros de Nuestra Señora* (García Turza, 1992), Juan del Enzina (Zimic, 1986).

era impensable, sino indeseable y así nos lo da a entender Juan Ruiz en el *Libro de Buen Amor*:

«Como dize el sabio, cosa dura e fuerte
es dexar la costunbre, el fado e la suerte:
la costunbre es otra natura, çiertamente,
apenas non se pierde fasta que vien` la muerte.»(c. 166)

Como ocurre con los ciclos naturales, la repetición se convirtió «en el centro de la vida espiritual de la Antigüedad y de la Edad Media [...]. Sólo adquirirían carácter de realidad auténtica los actos consagrados por la tradición y reiterados con regularidad.» (Guriévich, 1990: 118-119). Probablemente ningún otro recurso discursivo enraiza tanto la obra verbal en la realidad, como el fenómeno de la reiteración, de la recurrencia que caracteriza la totalidad de las obras medievales. La recurrencia, que encuentra justificación y sentido en el espacio del mundo oral en el que un auditorio presente exige recursos que aseguren la comunicación, reafirma su existencia y encuentra su pleno sentido al estudiarla como respuesta perfectamente coherente con las exigencias de un modo particular de entender la realidad y relacionarse con ella, que premia lo conocido sobre lo novedoso, lo recordado sobre lo ignoto. Repetir significa arraigar, inmovilizar por un momento el tiempo, hacerse dueño del espacio, recalar en lo conocido y cercano. Repetir, efectivamente, asegura la buena comprensión del mensaje, pero, sobre todo, transporta al auditorio a un terreno conocido, a ecos que ya resuenan en su mente. La recurrencia actualiza como ningún otro recurso porque se remite a sí misma y, al hacerlo, vincula a todos los participantes en el acto de comunicación con el presente de la actuación, pero también con el pasado de las actuaciones anteriores y con el futuro de las próximas. El tiempo, así, y el espacio permanecen intactos en esa continuidad inmutable tan querida y tranquilizadora para las mentalidades medievales. Escuchar lo ya sabido, el placer del reconocimiento, son propios de una sociedad insegura, en proceso aún de construcción, que necesita reafirmarse constantemente en sus propios rasgos y que genera, en consecuencia, unas formas de expresión y de comunicación artístico-verbal en las que productores y oyentes puedan reconocer la identidad buscada. Traeremos como ejemplo varios relatos de batallas pertenecientes a autores y ámbitos distintos de conocimiento pero que remiten en su totalidad a una misma forma de expresión. Los textos pertenecen consecutivamente a: *Cantar de Mío Cid*, *Vida de San Millán de la Cogolla*, *Poema de Fernán González*, *Libro de Alexandre* y *Libro de Buen Amor*.

«Enbraçan lo escudos delant los coraçones,
abaxan las lanças abueltas de los pendones,
enclinaron las caras de suso de los arzones,
ívanlos ferir de fuertes coraçones»(v.715-718)

«Ante qe aplegassen al lecho los tizones,
tornáronse las flamas atrás como punzones;
qemávanlis las barbas abueltas los griñones,
issiénlis a mal puerto todas sues tracciones»(c. 216)

«Cuytaron los afyrmes, devan lid presurada,
retenian en los yelmos mucha fuert cuchyllada,
daban e rresçebyan mucha buena lançada
daban e rresçebyan mucha buena porrada»(c. 325)

«Ya se movién las hazes, ívanse allegando,
ivan los ballesteros las saetas tirando,
ivan los cavalleros las lanças abaxando
e ivan los cavallos orejas aguzando»(c. 1002)

«Allí lidian las ostias con todos los conejos;
con la liebre justavan los ásperos cangrejos;
d`ella e d`ella parte danse golpes sobejos:
de escamas e de sangre van llenos los vallejos»
(c. 1116)

En todos ellos la reiteración y la acumulación juegan un papel fundamental no sólo sincrónicamente, es decir, como repetición sintáctica y semántica concreta, sino también diacrónicamente, es decir, en tanto que llevan consigo los ecos de una forma concreta de narrar. El espacio y el tiempo de cada fragmento se convierten en único y, en una sola batalla, la narrada en las cinco estrofas que hemos mostrado.

Sobre esta base primitiva de concepción del tiempo y el espacio el cristianismo vino a reinterpretar y, con ello, a corroborar e institucionalizar el valor de lo inmutable, de lo permanente e inalterable, dando lugar así a un concepto del espacio y del tiempo de una ilimitada influencia en las mentalidades europeas de los siglos centrales de la Edad Media. El «tiempo de la Iglesia», (Le Goff, 1983: 47) se convirtió en el tiempo real de la vida de los campesinos europeos. La parcelación que la Iglesia realizó del continuo espacio-temporal estaba materialmente presente en la vida cotidiana de los hombres por medio de las campanas, únicas señales temporales al margen de las naturales que reconocía el hombre medieval. También las fechas del santoral, conocidas por to-

dos, eran verdaderamente orientadoras para el hombre medieval y llenaban de sentido cada día del año, como leemos en los dos textos el *Poema de Santa Oria* de Gonzalo de Berceo y en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz:

«Tercera noche era después de Navidat,
de Sancta Eügenia era festividat»(c. 28)

«El mes era de março, la segunda semana,
fiesta de Sant Gregorio, de Leandre cormana»(c. 164)
«El mes era de março, día de Sant Meder»(c. 951)

Idéntico sentido debían tener las referencias que marcaba el calendario litúrgico, como la siguiente referencia a la Pascua y a la Cuaresma que encontramos en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz:

«Día era muy santo de la Pascua Mayor,
el sol salió muy claro e de noble color» (c. 1225)

«Acercándose viene un tiempo de Dios santo:
fui me para mi tierra por folgar algund quanto;
dende a siete días era Quaresma: tanto
puso por todo el mundo miedo e grand espanto» (c. 1067)

Desde esta perspectiva, espacio y tiempo no sólo tenían entidad cuantitativa, sino que, además, adquirieron valor cualitativo. Se podían, así, localizar lugares para la celebración y lugares para el recogimiento; espacios sagrados y profanos, como muy bien diferencian Juan Ruiz y Gonzalo de Berceo en los siguientes textos del *Libro de Buen Amor* y *Los Milagros de Nuestra Señora* respectivamente:

«Cerca de aquesta sierra, ay un logar onrado,
muy santo e muy devoto: Santa María del Vado;»(c. 1044)

«Los omnes de la villa e los sus compañeros
esto cómo cuntiera ca non eran certeros,
defuera de la villa entre unos riberos
allá lo soterraron, non entre los dezmeros»(c. 104)

En cuanto al tiempo, su valoración estaba en estrecha relación tanto con el medio agrícola dominante, como con la periodización sagrada impuesta por el cristianismo. Así, había un tiempo para sembrar y otro para recoger frutos; había tiempo de penitencia y tiempo de fiesta para los que se exigían, además,

una actitud distinta, como comprobamos en los versos siguientes de *Los Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo y de Juan del Enzina:

«Tiempo de cuadragésima es de aflicción,
nin cantan «Aleluya» nin face processión»(c. 56)

«Gran gasajo siento yo.
¡Huy ho!
Yo también, ¡soncas que ha!
¡Huy ha!
Pues Aquél que nos crió,
por salvarnos nació ya.
¡Huy ha! ¡Huy ho!»(p. 112)

Pero, mucho más determinadamente aún que esta regulación temporal, que en realidad no hacía sino consagrar y cristianizar celebraciones y ritos paganos basados en los ciclos naturales de la existencia, la Iglesia consagró una visión del mundo basada en el neoplatonismo, según la cual todo lo que había en la tierra formaba parte de un tiempo único que partía de la Creación y caminaba hacia el juicio final. La escuela de Chartres, en la que el neoplatonismo vivió un importantísimo renacer, centró las especulaciones de la mayor parte de sus filósofos precisamente en el estudio de las correspondencias entre la esencia inmutable que representa la divinidad y el mundo cambiante en el que vivimos los seres de la creación. Aunque ocurran cambios aparentes, afirman los miembros de esta escuela, la esencia de las cosas es siempre la misma, es invariable porque procede de Dios (Gilson, 1972: 254) De ahí la condena del cambio, que, como demuestra Carlos Bousoño (1981: 423), resulta «de la confusión preconsciente y simbolizante entre la esencia inmóvil e inmodificable de las cosas y su variopinta exterioridad: sus cambiantes y móviles accidentes». La constante alusión que en los textos medievales encontramos al hecho de que aquello que existió existe también hoy no se debe únicamente a la necesidad de anclar espacio-temporalmente el texto sino a la idea de continuidad ininterrumpida, de estar viviendo una misma época que compartía toda la cristiandad. Es el producto de una conciencia ahistórica que en el fondo no hacía sino aproximar la realidad material y cambiante al «Verbo eterno», donde «todo será estable, firme y permanecerá contigo estando unida tú [el alma] a Dios, que siempre permanece y eternamente es estable» (San Agustín, 1972: 81). Así se explica la necesidad de traer los hechos narrados a la actualidad, uniendo presente, pasado y futuro en un mismo orden temporal, como comprobamos en los textos del *Libro de Alexandre* y del *Poema de Fernán González*:

«Assí esta oy día la torre empeçada,
pero de fiera guisa sobra mucho alçada,
por la confusión que fue en ellos dada,
es toda essa tierra Babilonia llamada»(c. 1511)

«Era toda Castiella solo un alcaldia,
maguer que era pobre e de poca valia,
nunca de buenos omes fue Castyela vazia,
de quales ellos fueron paresçe oy en dia»(c. 171)

Esta visión de la realidad explica fenómenos típicamente medievales como el anacronismo que encuentra justificación por el mismo concepto de inmodificabilidad. Que no haya ninguna diferencia entre los milagros en vida de San Millán y los que ocurrieron dos siglos después o que Alejandro sea cristiano no es tanto un acto de voluntad creativa consciente por parte de un autor como una interpretación de la realidad histórica que responde a una particular forma de relacionarse con el espacio y el tiempo que el cristianismo elaboró y perpetuó sobre la base de la primitiva concepción espacio-temporal que rigió el medievo europeo. Los textos medievales y, en general, todas las creaciones artísticas de la época, están llenos de ejemplos que ponen de manifiesto la necesidad de situarse y situar los hechos narrados al margen de los cambios aparentes, estabilizados en tanto que pertenecientes a una «simultaneidad extratemporal», (Guriévich, 1990: 154), que anula cualquier medición del tiempo que no implique una visión finalista que coloca a todos los individuos en un mismo camino, en una sola dirección: la de la salvación individual y colectiva que daba sentido a lo pasado y a lo porvenir.

En definitiva, hablar de contexto espacio-temporal en relación con la Edad Media no es hacer referencia a algo distinto o ajeno al mensaje mismo sino a un formante más, a un elemento de construcción discursiva. Espacio y tiempo se cuelan en los textos porque en realidad los textos no son más que una expresión de ese espacio y de ese tiempo, no son sino una parte fugaz o perdurable que significó verdaderamente sólo en relación con una realidad imperiosa y certera. El cronotopo medieval, distinto aún del que se generalizará tras el Renacimiento, es la vida en la que el mensaje se inserta, la realidad concreta y palpable a la que el discurso quiere llegar y de la que seguramente partió. Productor y receptores se reconocen a través de un mensaje en el que las referencias espacio temporales tienen un sentido real e inequívoco. Estamos ante un concepto del tiempo y el espacio, ante una idea sobre la naturaleza y sobre las relaciones humanas definitivamente desaparecidas del Occidente actual, que responden a un modelo de sociedad y a un nivel de desarrollo científico y humanístico actualmente desconocido, pero sólo a partir del cual nos será posible explicar el anclaje contextual de los discursos medievales.

BIBLIOGRAFÍA

- BENVENISTE, Émile (1987): *Problemas de Lingüística general*, 2 vols. Siglo XXI, Méjico.
- BOUSOÑO, Carlos (1981): *Épocas literarias y evolución*, Gredos, Madrid.
- CAÑAS, Jesús, (ed.) (1995): *Libro de Alexandre*, Cátedra, Madrid.
- DUTTON, Brian, (ed.), (1992): *Vida de San Millán de la Cogolla*, en Uria Maqua (1992a: 117-249).
- GARCÍA TURZA, Claudio, (ed.) (1992): *Los Milagros de Nuestra Señora*, en Uria Maqua (1992a: 553-795).
- GILSON, Étienne (1972): *La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid.
- GURIÉVICH, Aarón (1990): *Las categorías de la cultura medieval*, Taurus, Madrid.
- JOSET, Jacques, (ed.) (1981): Arcipreste de Hita: *Libro de Buen Amor*, 2 vols., Clásicos Castellanos, Madrid.
- LÁZARO CARRETER, Fernando (1980): «La comunicación literaria», en *Estudios de Lingüística*, Crítica, Barcelona, pp. 173-192.
- LE GOFF, Jacques (1983): *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval*, Taurus, Madrid.
- MEY, Jacob L. (1994): *Pragmatics. An Introduction*, Blackwell, Oxford.
- MONTANER, Alberto (ed.), (1993): *Cantar de Mio Cid*, Crítica, Madrid.
- ONG, Walter J. (1987): *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, Méjico.
- SCHAEFFER, Ursula (1991): «Hearing from Books: The Rise of Fictionality in Old English Poetry», en A.N. Donae y Carol Braun Pasternack, eds. (1991): *Vox intexta. Orality and textuality in the Middle Ages*, University of Wisconsin Press, Madison, pp. 117-136.
- SAN AGUSTÍN (1972): *Confesiones*, Madrid, Austral.
- TEDLOCK, Dennis (1977): «Toward an Oral Poetics», en *New Literary History*, 8, pp. 507-520.
- URIA Maqua, Isabel (ed.) (1992a): *Gonzalo de Berceo: obras completas*, Espasa-Calpe, Madrid.
- (ed.) (1992b): *Poema de Santa Oria*, en Uria Maqua (1992a: 491-551).
- VELASCO, Honorio (1986): «Sobre los procesos de la tradición oral: la adivinanzas, mediaciones de poder y de saber», en Fonquerne, Yves-René y otros eds. (1986): *Culturas populares, diferencias, divergencias, conflictos*, Casa de Velázquez y Universidad Complutense, Madrid.
- ZAMORA VICENTE, Alonso (ed.), (1978): *Poema de Fernán González*, CSIS, Madrid.